

Monólogos Diego Barragán¹



Daniela Mahecha
Díaz

Yo conocí a Héctor Bayona, cuando entré a la escuela del Teatro Libre, como mi profesor de interpretación. Venía de hacer teatro desde la primaria, en el colegio, y Héctor fue quien tomó todo eso que yo sabía, que no era ni mucho ni nada raro, y lo alimentó: como si fuera un rompecabezas, armó las partes y me hizo entender, desde muy temprano, qué era ser actor. Y es que Héctor siempre guiaba los procesos de una manera muy inteligente; él entendía por lo que uno pasaba, todos los problemas que uno tenía, e intentaba sacarlo a uno de ahí, guiarlo por un camino mucho más productivo. Yo lo admiraba. Quería ser como él, pararme como él se paraba en escena, con esa seguridad y esa fuerza con la que, siendo una persona tan pequeña, se adueñaba del escenario. Eso me parecía impresionante, ver a una persona flaquita, bajita, con una voz tan suave, volverse gigante en el escenario.

Recuerdo un día, todavía de estudiante, en el que le dije que me quería ir, que había tomado la decisión de retirarme de la escuela. “Soy muy mal actor”, le dije, “no entiendo los libros de actuación, me va muy mal en todos los ejercicios”. Él me miró en silencio y luego, con su voz pausada, me dijo: “Bueno, por lo menos veo que usted ya va aprendiendo lo básico. Yo vivo en esas crisis cada dos meses y ya llevo cuarenta años haciendo teatro”. Esas palabras fueron las que frenaron la pataleta que yo estaba haciendo. Ahí fue que entendí que el miedo a fracasar siempre iba a estar

1• Esta pieza literaria fue escrita por Daniela Mahecha Díaz, a partir de una entrevista realizada a Diego Barragán, director artístico del Teatro Libre, actor y director.

ahí y siempre ha estado, porque si uno es un buen actor, comprometido con el oficio, nunca se va a conformar con sus seguridades. El día en que uno se convenza de que es bueno, está perdido.

La primera vez que vi a Héctor en una de esas crisis fue en *Los hermanos Karamazov* con su personaje de Fiódor; el personaje no tenía vida, Héctor no se podía aprender bien la letra, nada le funcionaba. Él mismo decía que no era Fiódor Karamazov, que no podía ser tan disipado, tan desinteresado. Y claro, Ricardo Camacho, que era el director de la obra, le decía todo el tiempo que le faltaba, que no era lo suficientemente desparpajado, borracho, alcohólico. Qué frustración. Unas dos semanas antes del estreno, todos ya teníamos nuestros personajes, todos habíamos encontrado algo particular y Héctor, nada. Pero un día entró envuelto en el abrigo de Fiódor, pidiendo plata como un vagabundo, se paró en la mitad del escenario y pegó el berrido más estruendoso del mundo, al tiempo que se abría el abrigo de par en par y dejaba ver que tenía un chorizo español, de esos picantes, metido en los pantalones. Todos creímos que Héctor se había vuelto loco. A partir de ese grito, él empezó a hacer la escena y todos tuvimos que entrar en personaje y responderle. Así, quince días antes de la primera función, Héctor armó uno de los personajes más memorables de su carrera con base en ese detalle: un simple chorizo español.

Él siempre jugaba de esa forma y creo que eso fue lo que lo hizo diferente a muchos actores de su generación. Eso es lo que yo les enseño todo el tiempo a mis alumnos aquí en la escuela, que, como Héctor me hizo entender, el teatro es algo serio, mortalmente serio, porque en él se juegan la vida y la muerte de los personajes, pero que solo puede hacerse aprendiendo a jugar como los niños, creyéndose el cuento como ellos. El actor, como el niño, cuando actúa, juega, cree en el poder de la vida y de la muerte, ríe, llora, sufre y ama de verdad.

Tiempo después me tocó dirigirlo, aunque yo no quería. ¿Qué le iba a corregir yo a Héctor Bayona? Era muy difícil, como director joven muerto del susto, dirigir a alguien que sabe mucho más que uno. Yo solo tuve que corregirle detalles y así fue siempre, hasta *Arturo Ui*, la última obra en la que lo dirigí y actué con él. En esa obra él hacía del Actor y era curioso que ese personaje dijera cosas tan de Héctor Bayona, aunque él en principio no estuviera de acuerdo. El

Actor decía “si no fuera por Shakespeare, yo estaría en Broadway”. Héctor creía que esa era la imagen de un actor que se había quedado anquilosado en la vida, pero no se daba cuenta de que él era uno de los mejores actores del país y había dedicado su vida entera al Teatro Libre. Eso no quería decir que él fuera malo o estuviera anquilosado, pero, tal como el Actor, si no fuera por Shakespeare, si no fuera por Sófocles, Héctor de verdad hubiera podido llegar a Broadway. Es muy curioso que ese haya sido su último personaje, un actor que hablaba de todo ese recorrido del artista con cierta nostalgia.

En esas últimas funciones, muchas veces, por su enfermedad y, sobre todo, por la agresividad del tratamiento que le hacían, lo vi entrar cojeando al camerino y cambiarse despacio, con dificultad, sufriendo cada movimiento. Pero a ese gigante nada lo detenía. Después de ese suplicio, cuando llegaba a escena entraba como si nada, enérgico, tragándose el escenario, con la misma fuerza de siempre, incluso hasta más. ¡Cómo lo llenaba de vida el teatro! Sin que el público tuviera que darse cuenta de su dolor, Héctor hacía todo perfecto, como si no sufriera. Ese es el último Héctor Bayona que yo recuerdo: un actor gigantesco que, con su cuerpo pequeño, su boina y su voz suave llenaba todo el escenario, un hombre que con su actuación me enseñó que ser artista es ser un niño loco y que la profesión del actor es para toda la vida, que una vez uno pisa las tablas, estará sobre ellas hasta el último día ○